

espíritu hacia las cosas. La inteligencia, en efecto, no vive encerrada en sí é incomunicada con la realidad, ni fabrica por sí sola los objetos para darse el gusto y la ilusión de pensarlos; la inteligencia vive sumergida en la realidad y no fabrica nada si no es con materiales tomados de esta realidad, los conceptos no son producto exclusivo de la inteligencia, sino extractos y elaboración de los datos reales; y si los conceptos se prolongan en el corazón de las cosas y aquí tienen su razón de ser, entonces sus relaciones, es decir, el juicio y la verdad expresan lo que son las cosas en su misma realidad. *Verum est, cum intellectus dicit esse quod est, et non esse quod non est.* Cuando el sabio guiado por el principio de causalidad trata de penetrar en lo desconocido en busca de la causa de un hecho, no cree ir tras de una quimera ideal, sino de algo real y objetivo fuera de su pensamiento; y cuando ha dado con la causa, no cree haber satisfecho una exigencia subjetiva, sino en cuanto el juicio formulado expresa un hecho real y verdadero.

El subjetivismo podría, pues, definirse: un sistema en lucha perpetua con el sentido común.

9. — El juicio es la función central de la inteligencia, porque es la forma enunciativa de la verdad, y la verdad es el fin á que está subordinado todo el pensamiento. *Quid enim fortius desiderat anima quam veritatem?* (1) Suele definirse el juicio: la relación establecida por el espíritu entre dos ideas; la afirmación de su identidad ó no identidad; y la verdad consistiría en la legitimidad de esta relación. Estas definiciones, sino erróneas, son, por lo menos, inexactas; ni el juicio ni la verdad significan la simple coherencia mental, si no que deben definirse en función del sér real. Mas aún, lógicamente, los términos del juicio nunca ó casi nunca son idénticos; el verbo ser, enunciativo de la relación del juicio, expresa siempre una identidad real, y sólo en rarísimos

(1) S. Agustín: *Tract. 26 in Joan.*

casos, como en los juicios convertibles, identidad lógica de conceptos. Nuestra inteligencia está naturalmente orientada á la realidad, y sus afirmaciones ó negaciones no recaen sobre las representaciones, sino sobre los objetos de la representación.

Juzgar, en efecto, es decir lo que las cosas son ó no son en su realidad objetiva ó extramental; afirmar la existencia, modos y relaciones del sér actual ó posible; el juicio enuncia las relaciones de las cosas concebidas por la inteligencia no las relaciones de los conceptos con que la inteligencia concibe las cosas. En el juicio «yo existo», v. gr., no afirmo la relación de mis ideas del yo y de existencia, sino la identidad de su contenido objetivo en un mismo sér, que es mi persona; al afirmar que «la tierra tiene movimiento de rotación», no me limito á asociar mis ideas de tierra y movimiento rotatorio, sino la relación objetiva y pertenencia extramental de dicho movimiento á la tierra.

Si, pues, todo el ser de la inteligencia está en posesionarse de la realidad, y el juicio expresa esta posesión, psicológica y lógicamente el juicio carece de sentido si no se le define en función del sér real, es decir, de su verdad; y así decía Aristóteles: «Decir que el ser no es, ó que el no ser es, esto es lo falso; decir que el ser es, ó que el no ser no es, esto es lo verdadero» (1).

A primera vista esta definición del juicio y de la verdad parece dejar fuera una parte la más considerable de nuestros juicios y verdades. Los hay, en efecto, que enuncian relaciones independientes y superiores á las cosas, lo que están debe ser según las leyes del pensamiento, no lo que son en la realidad. ¿Cómo los principios y leyes de la ciencia, siendo en su universalidad ilimitados é inagotables, pueden expresar la limitación y contingencia de las cosas? ¿No se llaman y son ideales, *a priori*, precisamente porque aparecen

(1) *Metafísica*, I. III, c. VII.

como normas construídas por la inteligencia para imponerlas á las cosas?

«Hay verdades ideales y verdades reales; el espíritu juzga no solamente lo actual, sino lo posible, lo real y lo lógico. Las ciencias físicas y naturales versan sobre lo real; las matemáticas se limitan á determinar las condiciones de lo posible; la lógica estudia las relaciones entre nuestros diversos conocimientos, relaciones que no son nada fuera de la consideración del espíritu. Estos tres objetos no tienen entre sí más que analogías; por consiguiente, la verdad misma, conformidad del espíritu con un objeto, sólo es susceptible definición analógica. ¿Cuál será, pues, la verdad por excelencia, de la que son las otras imitación? Para resolver la cuestión basta observar cuál sea el primer objeto de la inteligencia. Este es el sér real; de aquí saca el espíritu sus ideas, y él es siempre lo que persigue en definitiva; y sobre este modelo concibe lo posible y lo racional. La verdad por excelencia será, pues, la conformidad del espíritu con la realidad. El juicio, además, no es cualquier enlace de ideas, es un enlace que implica la existencia del atributo en el sujeto: la cópula verbal es el verbo *ser*. El juicio recae primero sobre el ser de las cosas, y sólo por derivación se aplica á las posibilidades y á las relaciones lógicas» (1).

Suele el mundo ideal de lo posible concebirse como superior y anterior al mundo de la existencia real, y construído por la inteligencia, si no arbitrariamente, por lo menos con independencia de este mundo real. Ahora bien, semejante manera de entender el mundo ideal es ilusoria; nada hay en la inteligencia absolutamente *a priori*, todas sus formas están determinadas y calcadas sobre datos del mundo real; que no es este mundo de la experiencia sombra del mundo de las ideas en sí, como imaginaba Platón; sino al revés, y como lo pensaba Aristóteles, el mundo ideal es

(1) V. P. Le Guichaoua: *Valeur et limites de la connaissance*.—*Rev. de Phil.* Enero de 1912. p. 73.

un reflejo ó proyección de la realidad sobre nuestra inteligencia. En efecto, el contenido de los conceptos y aun las relaciones mismas de los juicios ideales han sido elaboración de un dato real, la inteligencia no crea el contenido objetivo de su pensamiento, ni pone absolutamente nada positivo que no le haya sido dado en la intuición real. Ella descompone estas intuiciones en conceptos abstractos ideales, que después combina de mil diversas maneras y al parecer fuera de la realidad; pero aún en estas combinaciones no es libre, sino que en sus juicios y procesos discursivos está subordinada á las determinaciones y leyes objetivas del sér contenido en sus conceptos.

No hay pues, juicios absolutamente *a priori*; y la necesidad que encontramos en tales juicios tampoco es absoluta, sino más bien hipotética y de relación; supone en efecto, dados los conceptos y el fundamento de la relación en los mismos conceptos. El prejuicio idealista llevó á Kant á atribuir á la inteligencia los caracteres de necesidad y universalidad que no encontraba en la realidad; pero, de un lado nada hay en una y otra que en sí y absolutamente sea necesario y universal; y por otro, si la inteligencia concibe lo necesario, es preciso que de algún modo se dé en las cosas (1). ¿Cuáles, en efecto, el único sentido de los juicios ideales? Ningún otro sino el de necesidad de relación y aplicabilidad hipotética á la realidad. *Todo efecto tiene su causa*: significa que en la hipótesis de un sér venido á la existencia, está necesariamente ligado á otro sér que es su causa; «Dos y dos son cuatro», expresa que en la hipótesis de dos objetos más dos objetos suman cuatro objetos. Tal es el significado de los juicios ideales, son tan objetivos, aunque de modo distinto, como los de existencia, expresan una realidad máxima aunque hipotética. La inteligencia elabora estos juicios con materiales dados en la experien-

(1) *Nihil est adeo contingens quin in se aliquid necessarium habeat.* S. Thom. *Sum. Theol.*, I., 86, 3.

cia real, necesita atenerse para formularlos á las leyes de lo real, y por último los aplica á la realidad.

Explíquese como se quiera el valor de esta objetividad, concíbese el sér de las cosas como producto de la inteligencia ó como realidad en sí, siempre es un hecho que el elemento objetivo es lo esencial en el juicio; la afirmación «esto es, esto no es», carece totalmente de sentido, si no hay un sér que sea ó no sea. Y en un análisis psicológico han de aceptarse los hechos como se nos dan. Los hombres todos, sin excluir los filósofos, aún tratando de sus filosofías, piensan, juzgan y discurren, no sobre ideas, sino sobre los objetos de estas ideas; la casi totalidad de la humanidad ni siquiera sabe que tenga ideas con que piensa las cosas, para ella no hay más que cosas. Dice bien Rabier: «El pensamiento tiende siempre al objeto, mira las cosas al través de las ideas, es, en una palabra, esencialmente objetivo. Mantener la «actitud subjetiva», renunciar á las cosas para atenerse exclusivamente á las ideas, es cuanto hay de más antipático á la naturaleza del pensamiento» (1).

10.—La verdad lógica debe, pues, definirse en función del juicio y de la realidad; y así Santo Tomás dice: *Veritas intellectus est adaequatio rei et intellectus, secundum quod intellectus dicit esse quod est, et non esse quod non est* (2).

«Conformidad de la inteligencia con las cosas»: he aquí la piedra de escándalo para todos los idealismos. ¿Cómo el espíritu puede afirmar la conformidad ó no conformidad entre sus ideas y la realidad en sí? Porque no basta para la verdad que haya conformidad efectiva entre el pensamiento y las cosas; es necesario afirmarla, y para afirmarla, saberla, y no es posible saberla sin previa confrontación de los términos relacionados, y para comparar el espíritu dos términos es preciso que le hayan sido dados en sus ideas; lo no

(1) *Psychologie*, pág. 252.

(2) *S. c. Gentes*, I, q. 5.

dado en las ideas de la inteligencia es desconocido y no existe para ésta. ¿Cómo juzgar del parecido de un retrato á la persona que representa, si no se tiene otro conocimiento de ella más que por este retrato? ¿Cómo sabremos si nuestras ideas se conforman con las cosas, si no podemos saber nada de estas cosas si no es por las ideas?

Y sin embargo la noción vulgar de la verdad tiene un sentido exacto; ó la verdad no existe, ó es necesario que consista en que las cosas sean ó no sean así como las pensamos; ó sea en que nuestras ideas sobre las cosas se conformen á lo que éstas son en la realidad.

¿Pero es de tal manera exacta que pueda tomarse como una definición, sin una explicación ó interpretación que definan sus términos? Creemos que no. Toda definición para ser aceptable debe ser convertible, y la definición de verdad: «conformidad del pensamiento con las cosas», no lo es. ¿Hay, en primer lugar, verdad propiamente dicha, en todo pensamiento conforme con las cosas? ¿La hay solamente en su conformidad con la realidad de las cosas existentes? ¿Y esta conformidad—*adaequatio*—es la que corresponde á un conocimiento adecuado, es decir, perfecto? He aquí pues una definición, que sólo consta de tres términos, y todos necesitan interpretación, restrictiva en un caso, amplificativa en otros. Y más bien que definición debe ser considerada simplemente como expresiva de la objetividad del pensamiento, que es su carácter esencial (1).

El término *intellectus* no debe extenderse á todas las for-

(1) Consideramos aquí la noción de la verdad desde el punto de vista analítico de la inteligencia humana. Desde el punto de vista sintético y metafísico, la verdad es conformidad de las cosas con la inteligencia creadora primariamente, y secundariamente conformidad con la inteligencia humana (*metafísica, ontológica*); y conformidad de la inteligencia humana con la realidad (*lógica*).

Es, pues, la verdad, una relación de una inteligencia y una realidad; la realidad en sí no es verdadera ni falsa, sino en cuanto dice relación á una inteligencia. Pero en la verdad metafísica y lógica, la

mas del pensamiento, sino al juicio solamente. Las simples representaciones ó conceptos suponen una relación implícita con lo real dado en ellos, pero así como las palabras del diccionario fuera del contexto carecen de sentido, así los conceptos aislados carecen de sentido, es decir, de verdad lógica, hasta que el espíritu no formula relaciones entre ellos. Entre una representación por un lado, y la realidad en sí por otro, que se supone existir fuera de la inteligencia, ésta no puede establecer relación efectiva ninguna. La verdad lógica, formal, reside solamente en el juicio, donde el espíritu decide sobre lo que son ó no son las cosas. Así, no entendemos enunciar verdad en los conceptos aislados de hombre, existencia, razón, libertad; sino cuando los relacionamos en juicios: el hombre existe, es un sér racional, libre (1).

El otro término, realidad—*res*—, tampoco puede enten-

relación es inversa: en la primera *res sunt mensuratee*, en la segunda *res sunt mensura*.

El fundamento inmediato por consiguiente de la verdad lógica es la realidad, la razón última la inteligencia creadora de esta realidad. (Véase el Card. Mercier: *Criteriologie*, 4.^a edición, 1900, págs. 20-35; y el Apéndice *La notion de la vérité*, 389-426.

La fórmula clásica, *adaequatio rei et intellectus*, no se encuentra en Aristóteles; Santo Tomás la atribuye á un comentador árabe llamado Isaac: «Isaac dicit in libro *De definitionibus*, quod veritas est *adaequatio rei et intellectus*.» *S. Theol.* I, XVI, art. 2.

(1) Existe sí en todo concepto una verdad fundamental y ontológica; porque toda representación lo es necesariamente de lo representado; concebir sin concebir algo es contradictorio. En este sentido los conceptos son necesariamente verdaderos; lo que equivale á decir que propiamente hablando no son verdaderos ni falsos. «*Quum aliquod incomplexum*—dice Santo Tomás—*vel dicitur vel intelligitur, ipsum quidem incomplexum, quantum est de se, non est rei æquatum nei rei inæquale;... unde de se nec verum nec falsum dici potest...* Tamen intellectus apprehendens quod quid est, dicitur quidem per se semper esse verus.» (*S. c. Gentes*, I, 59.) «Ideo intellectus—dice en otra parte—non cognoscit veritatem nisi componendo vel dividendo per suum iudicium. Quod quidem iudicium si conso-

derse en el sentido vulgar de cosas existentes fuera de la inteligencia; habría entonces que eliminar de la definición de verdad la porción más noble de los conocimientos humanos, como son las verdades ideales que no expresan ninguna realidad existencial. Hay verdades ideales, que expresan la simple posibilidad ó las condiciones de existencia de las cosas, y verdades reales, que expresan esta misma existencia; y la definición debe comprender unas y otras.

Como consecuencia, la conformidad — *adaequatio* — necesita también explicación. Y desde luego, no hay que pensar en entenderla como traducción ó equivalente adecuado entre formas mentales y formas reales. Las expresiones: representación, imagen, retrato ó copia con que designamos las relaciones del pensamiento á las cosas, tienen no poco de metafóricas; mirado el pensamiento desde el punto de vista psicológico, es un fenómeno originalísimo y único que se refiere á la realidad y la contiene también de un modo original y propio; y no hay que buscar ese paralelismo exacto entre las formas mentales y las formas reales, como entre el molde y el objeto en él vaciado. Hay que tener en cuenta que el espíritu elabora y asimila los objetos idealmente antes de pensarlos, y que los modos con que los piensa, no son los mismos de ser y existir los objetos pensados. Cabe, pues, preguntar en primer lugar, si es posible á la inteligencia un conocimiento *adecuado* de las cosas en todos sus modos de existencia real. La contestación es obvia: no. Es posible, sí, un conocimiento adecuado de las nociones abstractas, que solamente contienen extractos ó fragmentos de la realidad; pero no de las cosas concretas y en todas las determinaciones de su existencia; en este sen-

net rebus, erit verum: puta, cum intellectus iudicat esse quod est, vel non esse quod non est. Falsum autem, quando dissonat á re: puta, cum iudicat non esse quod est, vel esse quod non est.» *Perihermeneias*, I, 3.

tido, la idea nunca puede igualar á la realidad. La realidad primera y fundamental es el individuo, de la que es simple derivación ó reflejo la ideal; y es axioma escolástico que: *individuum ineffabile*. ¿Y qué diremos del gran número de nuestros pensamientos discursivos y analógicos, de éstos sobre todo, cuyos conceptos son instrumentos tan desproporcionados con las realidades por ellos significadas? Es una tesis de psicología escolástica que el objeto «directo, adecuado y proporcionado» de la inteligencia son los seres del mundo físico; todo lo demás, las realidades suprafísicas, y aun lo más profundo de la misma realidad física, como son las naturalezas específicas, lo conocemos *per speculum et in enigmate*. Y, sin embargo, hay verdad en estos últimos conocimientos lo mismo que en los primeros; valiéndonos de conceptos más ó menos incompletos, análogos é improprios llegamos á formular juicios verdaderos.

Hay, pues, modos diversos de conformarse el pensamiento á las cosas; y evidentemente, la *adecuación* presupuesta en la verdad no es, ni la directa de la representación al objeto en sí, ni tampoco la de un conocimiento adecuado, es decir, perfecto. Exige éste paralelismo ó ecuación totales entre la representación y su objeto; la verdad, en cambio, no estriba en la perfección ó riqueza comprensiva de los conceptos, sino en que éstos, ricos ó pobres, convengan entre sí.

El conocimiento perfecto es el ideal de la inteligencia; pero entre este ideal que es el *summum*, y el *minimum*, hay grados de perfección, hay adecuación mayor y menor, y la verdad existe en todos ellos; que por ser imperfecto un conocimiento, no es erróneo. La verdad, en cambio, no admite más y menos, es ó no es; en sí considerada no es progresiva como el conocimiento. Más aún, la certidumbre y perfección de una verdad no está en razón directa de la perfección del conocimiento que engendra: las verdades más abstractas y distantes de lo real, como, v. g., las matemáticas, van acompañadas de una evidencia más clara y

producen un certeza más firme que las concretas y más próximas á la realidad; y sabido es que la perfección de la inteligencia consiste en aproximarse á esta realidad.

La noción clásica de la verdad: *adaequatio rei et intellectus* es, pues, exacta; pero para que sea una definición de términos convertibles, el término *intellectus* debe restringirse al juicio; por *realidad* debe entenderse, no sólo la existencial, sino también la objetividad ideal; y por *adecuación*, conformidad de lo enunciado en el juicio con una identidad real. La verdad, formalmente considerada, es, pues, un producto de la inteligencia, cuando ésta afirma de las cosas lo que son, ó niega lo que no son. La expresión de esta identidad del sér con toda la riqueza de los elementos en que lógicamente puede ser descompuesto por la inteligencia, he aquí la verdad lógica (1).

11.—Pero si la verdad se enuncia en el juicio, y en él solamente, ¿cómo conciliar las nociones de juicio: identidad de dos ideas; y de verdad: conformidad del pensamiento con las cosas? Para resolver esta aparente oposición, bastará indicar el proceso de formación psicológica y la estructura lógica del juicio enunciativo de la verdad. En nuestros juicios, el sujeto representa la realidad, y los predicados las categorías que nos hacen comprender y nos dan idea de lo que es la realidad indicada por el sujeto; el cual puede ser una percepción concreta ó una noción abstracta, de donde los juicios y verdades reales é ideales. Así la verdad será la conformidad de lo representado en los predicados con la realidad del sujeto; el juicio es la enunciación de esta conformidad. Un sujeto, percepción real ó noción ideal, es el

(1) Cfr. Sentroul: *La vérité et le progrès du savoir*, art. de la *Rev. Néo-schol.* Año 1911, págs. 212 y 305.—Las líneas precedentes están inspiradas en este estudio de Sentroul, donde desenvuelve la teoría original de la verdad, expuesta por el Cardenal Mercier en su *Criteriología*.

primum movens de la actividad intelectual y el centro de aplicación de su labor asimilativa para incorporarle al sistema de ideas ya organizadas en el espíritu; porque asimilar un objeto es comprenderle, y comprenderle descomponerle en conceptos lógicos que han de formar nuestros juicios sobre él. Bajo la acción asimiladora y abstractiva de la inteligencia, abre el objeto de la percepción su contenido, defundiéndose y desprendiendo conceptos abstractos que se polarizan en dirección á conocimientos habituales semejantes, los cuales una vez sugeridos en mayor ó menor número obran á su vez como disolventes y elementos de análisis del contenido complejo de la percepción. El conjunto de estos conceptos abstractos así sugeridos por asociación psicológica y espontánea, constituyen el número de juicios posibles que nos es dado formular en relación con un sujeto. Anteriormente, pues, á toda asociación lógica del juicio, hay un proceso de disociación y asociación psicológica que le condiciona y prepara la materia del mismo. El espíritu compara después los conceptos sugeridos por la percepción, para ver si la asociación es simplemente subjetiva ó real; si ve que el contenido objetivo del predicado es el mismo, total ó parcialmente, del sujeto, los identifica, formula un juicio afirmativo; cuando el predicado es incompatible con lo representado en el sujeto, el juicio es negativo; en ambos casos la ley que gobierna la inteligencia es el principio de identidad. Y cuando un predicado y un sujeto ni coinciden ni son incompatibles, entonces no hay juicio posible, no hay aplicación del principio de identidad.

La verdad del juicio expresa, pues, una relación lógica de identidad, no una relación cualquiera, de causalidad, de coexistencia ó sucesión, ni siquiera de conformidad cualitativa ó cuantitativa, de semejanza ó igualdad, sino de conformidad en la unidad del ser, es decir, de identidad. En el juicio afirmamos simplemente que las cosas son esto ó lo otro, no que sean semejantes á esto ó lo otro. No hay más que una forma copulativa del juicio en la enunciación de la

verdad; las cosas son ó no son; no hay medio entre la afirmación y la negación.

Esta identificación, ¿es lógica ó real? Evidentemente las decisiones de nuestros juicios no recaen sobre formas lógicas, sino sobre realidades; intencionalmente, no pretendemos en los juicios que el sujeto sea el predicado; antes bien, es necesario que el sujeto y el predicado sean lógicamente distintos, so pena de hacer del juicio una función inútil, repetición estéril de un mismo concepto. No queda, pues, otra solución sino que el juicio sea expresión lógica de una identidad real. Pero no hay identidad real de dos seres; que en la realidad todo es distinto, y nada es idéntico sino así mismo; y en el juicio no afirmamos un ser de otro, ni nunca uno puede ser otro. Es necesario, por tanto, que la identidad sea entre el ser y cada una de sus determinaciones ó modos de ser, ó sea entre dos representaciones de un mismo ser lógicamente distintas, pero expresivas de una sola y misma realidad. Así, la palabra *est* expresa la unidad del ser en que se hallan realizados ó son realizables el contenido objetivo del sujeto y del predicado. No hay, pues, oposición entre las nociones del juicio y de la verdad; el juicio es la enunciación lógica de una identidad real entre los objetos de dos representaciones, ó mejor entre una primera representación del ser en su unidad comprensiva, y los conceptos abstractos y analíticos en que la inteligencia descompone las determinaciones del mismo ser; y la verdad, significa la conformidad de esta identidad enunciada en el juicio con la identidad real. La verdad es así: *adæquatio intellectus et rei* conformidad del juicio con la realidad; y también *verum est id quod est*, según la definición de S. Agustín, lo verdadero consiste en afirmar de las cosas lo que son.

12.—La *certidumbre* (1) es el modo perfecto de conocer, y consiste en la adhesión plena del espíritu á lo que es ó

(1) Acerca de la certidumbre, puede leerse todo el primer libro

crea ser verdadero; psicológicamente es el estado de fijación y reposo de la inteligencia engendrado por la conciencia de poseer la verdad, de que lo afirmado en el juicio es así en la realidad. Hay certidumbres *espontáneas*, donde el espíritu descansa en la posesión de lo que cree verdadero, sin aquilatar el valor de los motivos determinantes de la adhesión; y hay certidumbres *reflexivas*, acompañadas de la conciencia de los motivos que justifican racionalmente la legitimidad de esta adhesión. Las primeras preceden á las segundas, como el pensamiento espontáneo precede y constituye la materia de la reflexión, y no son incompatibles con juicios erróneos: el ejercicio del pensamiento en la vida práctica está formado de estas certidumbres espontáneas, los dictados del buen sentido son de ordinario más bien resultado de tendencias naturales y necesidades prácticas, que de evidencias racionales. Las certidumbres reflexivas exigen una valuación intelectual de los motivos determinantes del asentimiento que excluyan otra solución siendo incompatibles con un juicio erróneo. En uno y otro caso, el fenómeno psicológico de la certeza es el mismo: fijación definitiva del espíritu—*determinatio intellectus ad unum*—y reposo en la verdad que ya tiene, ó cree tener en su posesión, y cesación de todo movimiento de inquisición ulterior. Y al decir definitivo, no se entienda irrevocable, sino sólo intencionalmente, y mientras otras ideas no vengán á deshacer el equilibrio mental.

Tiene la certeza, como todo conocimiento, un doble aspecto, subjetivo y objetivo, la consideramos como un estado del espíritu y la atribuimos también á las cosas: así decimos estar ciertos de un hecho histórico, y también que los mismos hechos son ciertos ó dudosos. Pero hablando con propiedad, la certeza es el estado de quietud y reposo engendrado en el espíritu por la visión de la verdad, y por metá-

de la *Critériologie générale ou Theorie générale de la certitude*, del Card. Mercier.

fora la atribuimos á la realidad vista. Las cosas no son, pues, ciertas ni dudosas, como no son tampoco verdaderas ni falsas; la verdad humana es una relación establecida por el espíritu conforme á la realidad, y la certeza es la fijación del espíritu en la misma verdad.

La *incertidumbre*, por el contrario, es un estado subjetivo de indecisión, vacilante entre dos juicios contradictorios, bien sea por falta de motivos (duda negativa, ignorancia), ó bien porque las razones no son decisivas, ó se contraponen unas á otras (duda positiva, opinión, probabilidad, hipótesis, etc.). Son estados provisionales de la inteligencia en su movimiento á la unificación del pensamiento y visión clara de la verdad; que no suele llegar á la posesión definitiva de lo real si no es por tanteos y aproximaciones, quedando siempre en estos estados transitorios una puerta abierta á la inquisición ulterior, y únicamente con la certeza cesa el movimiento y sobreviene la quietud del espíritu.

La verdad se ofrece á veces intuitivamente y sin esfuerzo mental, ya por la simplicidad de los términos, ya también por los hábitos adquiridos de pensar las mismas ó semejantes cosas; otras, las más de las veces, esta marcha del espíritu hacia la verdad es laboriosa, yendo acompañada de un trabajo discursivo y de reflexión más ó menos largo, hasta lograr la coherencia y unificación del pensamiento. La incertidumbre es este movimiento acompañado de ansiedad y expectación de una solución cierta; si la verdad buscada no aparece, queda entonces el movimiento interminado, y con él la desarmonía y contrariedad de una aspiración fracasada y de un esfuerzo perdido; en caso contrario, cesa el movimiento, y á la ansiedad sucede el reposo del espíritu en la posesión de la verdad. Tal es el hecho psicológico de la certidumbre: reposo de la inteligencia en la posesión definitiva de la verdad, y cesación de todo estímulo y movimiento ulteriores, que ya carecerían de finalidad.